

Facultad de Psicología

El duelo en la virtualidad

Exploración en sujetos nacidos entre 1986 y 1996



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Alumno:

de Hoyos, Héctor Francisco

Directora:

Torres, Margarita Eva

Co-Directora:

Genoud, María Gelly

ÍNDICE

Introducción	pág. 3
La mirada del psicoanálisis	
<i>Devenir sujeto</i>	<i>pág. 13</i>
<i>Elección de objeto</i>	<i>pág. 16</i>
<i>Relaciones amorosas</i>	<i>pág. 20</i>
<i>¿Qué sucede, entonces, ante la pérdida del objeto amado?</i>	<i>pág. 24</i>
Análisis de entrevistas	pág. 27
Conclusiones	pág. 39
Bibliografía	pág. 44

El duelo en la virtualidad: *exploración en sujetos nacidos entre 1986 y 1996*

INTRODUCCIÓN

El Trabajo Integrador Final apareció como una instancia disruptiva para quienes estábamos cursando la carrera de Psicología en la Universidad Nacional de La Plata. La exigencia de la realización de una producción científica propia, me ubicó, como a muchos otros estudiantes, en el escenario de un nuevo y complejo desafío: asumir la voz propia dentro del campo disciplinar para dejar un aporte en la construcción del conocimiento, siempre inacabado.

Cuando me enfrenté a la necesidad de construir un tema de investigación, me interesó pensar en las lógicas de vida del momento socio histórico en el que me inscribo.

Nací en el año 1996, en un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, que tiene aproximadamente veinte mil habitantes, la mayoría adultos y ancianos. Los jóvenes somos una minoría, nos conocemos entre todos y cuando finalizamos con los estudios secundarios emprendemos nuevos proyectos en otras ciudades que ofrecen más oportunidades.

Como en todo pueblo, las novedades tardan en llegar. En mi casa tuvimos computadora de escritorio en 2005. Era un armatoste que se ubicaba en un lugar fijo para uso común de todos quienes vivíamos allí. No fue hasta pasados otros cinco años que mis padres decidieron contratar el servicio de internet. Hasta entonces, la computadora tenía únicamente fines prácticos. Era un aparato útil para hacer la tarea o investigar para la escuela. Igualmente, yo iba al *cyber* y pagaba por hora para poder estar aunque sea un rato *on line*. Allí, chequeaba mis redes sociales, o subía algún álbum a Facebook, la primera red en la que incursioné, y veía quiénes me habían dado *me gusta* o habían comentado. A veces también contestaba algún correo, pero básicamente el uso que hacía era diferido. Ya para ese entonces el mundo virtual constituía todo un otro mundo en el que se desarrollaban vínculos y relaciones que, en muchos casos, se llevaban luego al mundo de lo concreto. Poco a poco, el hecho de no tener redes sociales significaba quedarse afuera de la vida misma.

La lógica del pueblo es sencilla: lo desconocido es malo. En alguna medida, por esos prejuicios es que muchos emigramos y recién nos encontramos con el mundo de lo distinto una vez fuera. Mi interés por la psicología surgió inicialmente a instancias de una prima mayor que estudiaba la carrera en Mar del Plata. Al día de hoy no puedo descifrar si fue la vocación de psicólogo o el afán de permanecer alejado de mi pueblo, lo que me mantuvo en la facultad. Pasábamos tardes enteras hablando del tema, yo preguntaba con real interés y mi prima respondía a todas mis dudas. Sí puedo decir que el verdadero amor por la disciplina surgió a medida que avanzaba en la carrera, me encontraba con nuevos contenidos y descubría ámbitos para su aplicación.

No es fácil emprender una nueva vida en un lugar desconocido. El primer año de la facultad se pasa en un intento por mantenerse a flote, no sólo en tratar de aprobar todo y pasar a segundo año, sino todo lo otro que comporta la vida: llevar la ropa al lavadero, ir al supermercado, cocinar, mantener la casa limpia y ordenada, pagar las cuentas, tratar con la inmobiliaria, entre otras tantas cosas. El año 2015 se resumió en eso, fue un período en el que no pude ver para el costado, estaba demasiado ocupado en mis propios problemas. Al año siguiente las cosas fueron diferentes: ya comprendía las lógicas universitarias, las instancias de evaluación, fechas de inscripciones, etc., y además ya me manejaba en el cotidiano casi como un adulto. Así, más tranquilo y habiendo madurado muchas cosas, pude conocer los que conforman mi grupo de amigos de facultad y algunos otros que fui encontrando en el camino. Hoy puedo decir que quienes te mantienen en carrera son los amigos y los vínculos que se construyen dentro de la facultad. Es un apoyo fundamental para la realización de una carrera universitaria porque, como dice la expresión popular, nunca nadie se salvó solo. Agradezco sinceramente a todos esos vínculos que fueron apareciendo en el camino, sin ellos no habría llegado a la instancia de escribir este trabajo. En cualquier caso, la tecnología y las redes sociales sirvieron de soporte de estas nuevas amistades. En una ciudad las distancias son más grandes y juntarse cuesta más; pero las redes sociales y las apps de mensajería instantánea de alguna manera me ayudaron a estar más cerca de mis anteriores amigos, los del pueblo, y a mantener el contacto con los nuevos, los de la facultad.

Como mencioné, la primera computadora que tuve fue una pc de uso familiar pero en pocos años las tecnologías avanzaron tanto que no se pudo prescindir de ellas. Todo sucedió tan rápido que no me di cuenta. De a poco nos fuimos *afiliando* a ese mundo virtual, que no tiene un soporte en lo concreto, donde todo sucede en el

espacio abstracto que compone la red, sostenido por millones y millones de usuarios de todo el planeta. Como sucede con los conceptos o los valores, el mundo virtual es un espacio avalado por todos y por esto sostengo que ha comenzado a formar parte de nuestro cotidiano. Podríamos considerarlo como un otro mundo en el que tenemos acceso a información, imágenes, personas, etc. Casi sin comprender el proceso, de pronto estamos inmersos en ese espacio que responde a otras lógicas o reglas, que lo diferencian del mundo concreto. Por ejemplo, lo que prima en el mundo virtual es el estímulo visual. Hoy en día nos entra todo por los ojos. Hay que mostrarse de la mejor manera posible, hay que venderse en esa vidriera que es la pantalla.

Byung-Chul Han (2020) describe las lógicas de esta era en *La sociedad de la transparencia*. Allí señala que asistimos a un momento histórico en el que:

El rostro humano con su valor cultural hace tiempo que ha desaparecido de la fotografía. La época de Facebook y Photoshop hace del rostro humano una faz que se disuelve por entero en su valor de exposición. La faz (face) es el rostro expuesto sin aura de la mirada. Es la forma de mercancía del rostro humano (p: 27-28).

Pareciera que ese mundo espera que no tengamos ninguna falla o fisura. De hecho, nos ofrece miles de aplicaciones que mejoran las imágenes. En ese sentido, resulta muy esclarecedor el análisis del filósofo surcoreano. Refiere que, en lo que él llama “sociedad expuesta”, cada sujeto “es su propio objeto de publicidad”. Señala que vivimos una era donde “todo se mide en su valor de exposición” (2020, pág. 29), y que el exceso de exposición “hace de todo una mercancía”. En una crítica despiadada al capitalismo, Byung-Chul Han advierte que el sistema “lo somete todo a la coacción de la exposición” (2020, pág. 29).

En la misma línea, la antropóloga y especialista en nuevas tecnologías, Paula Sibilia, sostiene que:

Tanto la mirada antropológica como la genealógica confluyen en esta idea de que los cuerpos y las subjetividades no son universales y ahistóricos sino que van transformándose con los movimientos culturales. Las subjetividades se vuelven compatibles con ciertas tecnologías, las cuales no son neutras, sino que traen todo un mundo consigo (2017: s/p.)

Así, todo se vuelve tan planificado que pierde la frescura de lo espontáneo. En este nuevo mundo que se va configurando, rara vez hay espacio para lo casual, porque hasta las fotos que se pretenden casuales no lo son, sino que fueron premeditadas. No juzgo como positivo o negativo que así sea, solo pienso en sus dinámicas y lógicas. Las redes sociales son hoy en día una herramienta más en la comunicación y cortejo de nuestra especie. Algunos animales danzan, otros luchan entre machos alfa, otros preparan toda una escena para conquistar a la hembra. Nosotros nos mostramos en redes e intercambiamos *me gusta*. Hemos evolucionado hacia la hipercomunicación, pero no es mi intención criticar el devenir de la especie. Sucedió de esta manera y estamos aquí parados. Sí creo necesario poder pensar en esta coyuntura, dinámicas y lógicas. Me parece necesario mirar críticamente, desde la perspectiva de la psicología, en estas nuevas formas de percepción del mundo que devienen en nuevas subjetividades.

Personalmente, comencé a darle uso intensivo a las redes el año que vine a estudiar a La Plata. Había que acomodar el *feed* de Instagram porque iba a conocer gente nueva, porque, en este nuevo escenario, es sabido que el primer paso para establecer una relación de las características que sea es intercambiar usuarios de redes sociales. Archivé varias publicaciones y eliminé otras tantas. Dejé de usar Facebook, que a esta altura era un fondo de memoria a disposición de quien quisiera. Además, había dejado de ser la persona que aparecía en Facebook hace ya mucho tiempo. No era posible eliminar algunas cosas y dejar otras, era un trabajo demasiado arduo. Lo mejor fue dinamitar todo. Borrón y cuenta nueva. En Instagram todavía estaba a tiempo de pegar el volantazo, de premeditar cada publicación que aparecería en mi perfil. Como las plumas del pavo real, el *feed* de Instagram atrae a todo tipo de candidatos: amigos, conocidos, un partenaire casual, una pareja formal o incluso empleadores. En los currículums de las personas ya figuran redes sociales. Encendemos las luces de la vidriera hasta para un posible empleo.

Con el creciente uso de Instagram se exacerbó la recurrencia de la imagen. Si bien ese movimiento comenzó antes, en otras plataformas, fue con Instagram con la que alcanzamos la cúspide. Hoy todo nos entra por los ojos y la idea es vender, ya sea productos, ideas, cuerpos o a nosotros mismos. ¿Habremos alcanzado la cresta de la ola? Parece ser que lentamente el espacio de las redes va parasitando el espacio concreto.

Estamos todo el tiempo en el mundo online: las redes son canales que se han inventado para exhibir públicamente esto que podemos llamar extimidad. Son un ejemplo de las relaciones sociales mediadas por las imágenes. Hoy, buena parte de nuestra sociabilidad pasa por ahí. (Sibilia, 2017: s/p).

¿Llegará el momento en que el mundo virtual fagocite al mundo concreto?
¿Podremos prescindir de lo real y concreto, del encuentro entre los cuerpos?

A los sujetos de mi generación se los suele denominar *millennials*. Su principal característica es que, si bien su existencia no estuvo signada desde el inicio por la expansión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, sí hemos tenido que apropiarnos de estas herramientas para insertarnos en los modos de habitar el mundo característicos de este momento histórico.

Desde mi rol de psicólogo, me propongo explorar los avatares y vicisitudes que acontecen en los vínculos virtuales, que se han visto facilitados por el creciente desarrollo de las nuevas tecnologías, la creación de redes sociales, plataformas que facilitan el encuentro virtual entre personas y la lógica de un sistema capitalista que empuja cada vez más hacia el consumo compulsivo. Sobre este aspecto, resulta oportuno traer los aportes de Nora Merlín, en relación a lo que describe como biomercado. Con ese concepto alude

Al comando absoluto del mercado sobre los cuerpos, en el que los mecanismos simbólicos de regulación se encuentran debilitados y funcionan “como sí”, pues son incapaces de regular el poder del mercado y sus flujos financieros. La consecuencia de esta situación es el sometimiento, para el que prácticamente no quedan ya mecanismos que protejan a la subjetividad de la pulsión de muerte: el consumo (2017: 47).

Así como las redes sociales generaron nuevas formas de percepción del mundo y - como dijimos-, se transformaron los vínculos interpersonales en el escenario de ese mundo paralelo al concreto, también asistimos a un fenómeno en el que pretendo detenerme. ¿Cómo se tramita el duelo cuando una relación virtual termina y ese otro desaparece de la escena?

Específicamente, me centraré en el trabajo de duelo que realiza una persona que fue *ghosteada* por otra, en el marco de una relación virtual. El *ghosting* es un concepto acuñado recientemente para describir una situación que es hartamente compleja: una de las partes, de un vínculo entre dos personas, desaparece de la escena sin dar ningún tipo de explicación a la otra parte, quedando esta última exhortada a la realización de un trabajo de duelo, forzada por la desaparición del objeto.

Para ello es necesario detenerse y reflexionar acerca del momento histórico. Mi interés y decisión de trabajar sobre este tema data de mucho antes de la pandemia. Mis inquietudes en torno a él habían surgido por experiencias personales en relación al fenómeno del *ghosting*. Cuando me decidí a formalizarlo estaba haciendo el curso de verano del Taller de Producción Textual, en febrero del 2020, momento en que el coronavirus apareció en la ciudad china de Wuhan. Si bien por las lógicas propias de un mundo globalizado, se esperaba que el virus se propagara a escala planetaria, suponíamos que, al momento en que llegase a la Argentina, habría respuestas médicas para enfrentarlo. Nunca imaginamos la magnitud de lo que vino. Lo cierto es que, al poco tiempo aparecieron dos casos positivos en Chaco y el panorama se complicó. La rapidez con la que se extendió la circulación del virus fue increíble, tanto, que el trabajo final de la cursada de verano, cuya duración no pasó los dos meses, tuvo que entregarse de manera virtual. Sabíamos, entonces, que no podíamos juntarnos. Lo que no sabíamos era el trayecto que teníamos por delante. Cabe consignar que todos los modos de vida conocidos hasta el momento se vieron trastocados, incluso la vida universitaria cambió drásticamente. No sólo por el impedimento de estar con otros y por el confinamiento dispuesto por el Gobierno Nacional, sino porque, para continuar con los procesos pedagógicos, la universidad debió implementar de manera repentina, todo un andamiaje tecnológico que permitiera seguir con las cursadas sin la presencialidad.

Ya desde el principio de la pandemia suponía que, en función del tema elegido, iba a cambiar mucho mi panorama respecto a la problemática que iba a tratar. Podía pensar únicamente en dos posibles escenarios. En el primero, llegaríamos a un despertar, casi epifánico, de que estábamos haciendo las cosas pésimamente mal, de que desarrollábamos un modelo de vida que no era sostenible mucho tiempo más, ni medioambientalmente, ni humanamente hablando. Habíamos perdido de vista al de al lado, los límites de la colectividad se habían borrado y únicamente eran visibles las líneas que contorneaban lo propio. Además, las redes sociales abonaban a esta

despersonalización, a esa progresiva deshumanización del otro. El otro escenario que se me ocurría pensar, era el recrudescimiento de lo anterior. Hoy, con el diario del lunes, me inclino hacia la segunda.

Las consecuencias de la pandemia serán hartamente complejas y las que podemos pesquisar hoy son demasiadas para abordarlas en estas hojas. Por eso, partiré de la idea de que, de un momento a otro, el mundo virtual se convirtió en el espacio predominante de socialización. Todo sucedía en ese lugar, que, paradójicamente, no está en ningún lado. La vida se virtualizó. En principio eran reuniones entre amigos por Zoom, videollamada grupal por WhatsApp o cualquier otra plataforma que permitiera comunicarnos. Cumpleaños, festejos, reuniones sociales, todo sucedía a través de una pantalla. Luego, en vista de que la presencialidad demoraría más tiempo de lo esperado, estas prácticas comenzaron a incorporarse a otros ámbitos de la vida; por ejemplo, el trabajo o la educación. Mientras tanto, todas estas actividades cotidianas que implican siempre un otro con el que relacionarse, se llevaban a cabo de manera virtual, sin un sostén en lo físico o corporal, literalmente. Compañeros de clase tuvieron que hacer grupo durante el año sin haberse visto siquiera una vez, es un ejemplo de ello. Este fenómeno mundial cambió completamente las reglas del juego. Tanto es así que muchas cosas llegaron para quedarse. La pandemia demostró que en muchas ocasiones -más de las pensadas- es posible prescindir del cuerpo. La pregunta es ¿hasta dónde es posible correr ese límite?

Las relaciones sexo-afectivas no escaparon a este cambio de panorama. Parejas de años que quedaron separadas por las distancias y retenidas en diferentes lugares por la imposibilidad de viajar; otras parejas que comenzaban a formarse, debieron enfrentar la decisión de separarse o continuar en diferido.

Personalmente, en noviembre de 2019 estaba comenzando una relación. Los meses siguientes transcurrieron muy bien. Todo estaba saliendo a pedir de boca. En marzo, con el anuncio de que por un tiempo reducirían la circulación de personas, decidí regresar a mi pueblo, con la idea de que sería, cuanto mucho, por un mes. Y los meses se hicieron un año en la casa en la que me crié. De pronto la virtualidad se había convertido en la cotidianidad de la pareja. La única manera de estar junto al otro era la de mantener conversaciones por WhatsApp y hacer alguna videollamada por la noche, antes de dormir. Decidimos sostenerlo porque éramos muy compatibles y ya habíamos comenzado a tomarnos cariño. No queríamos quedarnos con el “que hubiese sido si...”. Lo intentamos. Llegamos a ver series juntos y a la distancia, con

lo contradictorio que puede sonar. Nos llamábamos por teléfono, hablábamos un rato y finalmente, a la cuenta de tres, poníamos *play* a la vez. Por un año la virtualidad nos permitió sostener una relación en la que ambos creíamos. Los problemas llegaron cuando debimos volver al mundo concreto. Cuando comenzamos a compartir verdaderamente la cotidianidad llegamos a darnos cuenta de que no éramos tan compatibles como creíamos y que a lo mejor habíamos romantizado la distancia. Comprendimos que es mucho más sencillo sostener algo virtualmente, compartir un espacio, que aunque demandante, es posible controlar. No pudimos escapar a las reglas del espacio virtual, a esa lógica escópica, esa representación que delimitábamos en función de la imagen que teníamos uno del otro. La relación no fue nunca tan profunda. Todo superficie, todo imágenes. Todo pantalla.

A partir de esa experiencia, e interpelado por las lógicas de mi tiempo, me propongo abordar la problemática desde la clínica psicoanalítica, particularmente desde la teoría freudiana, retomando también autores como Piera Aulagnier, Jacques Lacan, Silvia Bleichmar e Isidoro Berenstein, entre otros. A mi criterio, sus teorías ofrecen herramientas conceptuales para pensar el trabajo de duelo y las modificaciones que el Yo experimenta en ese lento trabajo de desasimiento de la libido de los objetos.

Creo sumamente necesario poder pensar categorías clínicas como el duelo a la luz de fenómenos actuales sobre los que hay escaso material académico. Asistimos a un vertiginoso cambio en el contexto en el que se desarrolla la vida y la clínica no puede quedar ajena a estos cambios.

Esta temática requiere, además de un profundo ejercicio de lectura reflexiva, de un acercamiento concreto a la experiencia vital de los sujetos en este sentido. Conocer las vivencias a partir del propio relato humano, es, además de una estrategia para la investigación, una necesidad vinculada al valor que la palabra y el lenguaje tienen para el psicoanálisis.

Por eso se llevaron a cabo un total de diez encuentros con personas de entre veinticinco y treintaicinco años, en calidad de entrevistados. Se decidió por la modalidad de entrevistas porque, como refiere Eladio Zacarías Ortez (2021), una de las principales cualidades de esta técnica, es que consiste en:

Un diálogo propuesto, motivado, sostenido y acordado desde quien tiene la iniciativa de conocer algún rasgo del mundo social sobre el cual el entrevistado posee información. Aquí se visualiza que dar y posibilitar la palabra es una práctica que supone capacidades personales e intersubjetivas. En este sentido, la responsabilidad de la entrevista es compartida entre los sujetos que acuerdan hablar, pero la capacidad de accountability respecto al por qué y el para qué debe partir del entrevistador. Por otro lado, la entrevista «fuerza» al investigador a un descentramiento de su propia posición. Es un diálogo donde el centro de la escena lo ocupa el sujeto que es entrevistado y la información que este dispone. Es tarea del investigador «jugar» con la capacidad del sujeto de salirse de escena, reincorporándose cada vez que lo demande el acuerdo de entrevista que realizó con el entrevistado. Este juego de «entrada-salida» es administrado y consensuado de acuerdo a los tópicos que hayan integrado el acuerdo de referencia. Desde el saber qué escuchar, la entrevista es una forma dialógica especial que demanda entender los procesos que implican estas particulares interacciones y el manejo de competencias para el habla. Esta interacción supone un manejo teórico de diversos niveles. Ante todo implica conocer la estructura de una interacción verbal, en tanto sujeto y en tanto científico. En segundo lugar, conocer las reglas de la técnica y, finalmente, conocer las redes teóricas que permitirán comprender lo que el otro dice más allá del sentido común (2021: 79).

Desde esa perspectiva, intenté conocer cómo los sujetos tramitan el duelo ante la pérdida de un partenaire virtual. Cabe aclarar que la elección del rango etario no es azarosa, ya que sostengo que las personas comprendidas en dicho intervalo tuvieron que apropiarse de las nuevas tecnologías, principalmente de las reglas y leyes implícitas que rigen en el mundo virtual.

Como se describió, constituimos la generación que no nació expuesta a la pantalla; nuestro desarrollo subjetivo estuvo acompañado por el avance tecnológico, dando como resultado una subjetividad erigida al calor de los cambios veloces y vertiginosos del siglo XXI. Para no quedarnos atrás, tuvimos que adecuarnos a los modos y maneras de existir prevalentes en este contexto, marcado profundamente y como nunca por la lógica consumista del sistema capitalista. Pensamos al capitalismo desde las conceptualizaciones de Jorge Alemán, quien remarca su carácter de

ilimitado. Es que, como él sostiene, no puede pensarse sólo desde sus consecuencias económicas. Considera que,

El capitalismo se comporta como una fuerza acéfala, que se expande ilimitadamente hasta el último confín de la vida. Ésta es precisamente la novedad del neoliberalismo: la capacidad de producir subjetividades que se configuran según un paradigma empresarial, competitivo y gerencial de la propia existencia (...) Desde muy temprano, las vidas deben pasar por la prueba de si van a ser o no aceptadas, si van a tener lugar o no en el nuevo orden simbólico del mercado, porque funciona como un dispositivo imperativo, ejerciendo presión sobre las vidas, marcándolas con el deber de construir una vida feliz y realizada (2018: 67).

También nos interesa recuperar la mirada del filósofo Byung-Chul Han (2020), quien describe cómo el capitalismo ha penetrado todas las esferas de la vida humana. Nomina a la actual como la sociedad de la *transparencia*, una forma de vida donde “las cosas (...) se alisan y allanan, se insertan sin resistencia en el torrente liso del capital” (p: 11), y en la que “también el amor se aplana para convertirse en un arreglo de sentimientos” (p: 19).

Algunas preguntas que motivaron el presente trabajo son ¿Cómo se experimenta el amor y el desamor en este contexto? ¿Se puede hablar de amor en una relación virtual? ¿Se puede hablar de duelo cuando una relación que ha tenido su origen en la red se termina por la decisión unilateral de una de las partes que, sencillamente, desaparece de la escena?

En este tema es también interesante pensar sobre la cuestión de la temporalidad, abordada por distintos autores de diferentes disciplinas. Con sus matices, todos los análisis concluyen en que vivimos en un momento de aceleración de la vida. En esa línea, Roberto Follari (2006) se pregunta qué tipo de subjetividad emerge a partir de la sobreestimulación mediática contemporánea.

Precisamente problematiza qué efectos tiene la cultura de la imagen

Sobre aquellos que estamos -inevitablemente- formando parte de su imperio y su vigencia. Por un lado, dijimos, la saturación del yo. El aturdimiento, la imposibilidad del silencio o de la visión natural, que se mantuviera ajena a la pantalla. Estaremos ante la computadora, ante los mensajes por Internet, ante

el televisor, muchas horas por día; diferentes según la clase social, género y nivel de educación formal (...) pero en todos los casos presentes. El efecto de abulia, de desconocimiento por exceso de datos, de pérdida de la especificidad de la recepción por imposibilidad de retención de cada mensaje, se hace inevitable. Somos ahora, como un palimpsesto que funciona a velocidad electrónica: se escribe y se reescribe permanentemente; lo que ahora está en la conciencia deja de estarlo en unos instantes, lo que vemos se olvida de inmediato ante las nuevas estimulaciones. Todo es ruidoso y llamativo, todo nos atrae en el momento, hasta que otros estímulos igualmente atractivos borran los anteriores (p: 25-26).

Es necesario aclarar que no pretendo dar una respuesta terminante a las anteriores preguntas, sino más bien poder insertarme en el debate del desarrollo de las nuevas tecnologías y su incidencia en la vida de los sujetos y en la producción de subjetividades; con la esperanza de realizar mi aporte a dicho campo de problemáticas y de seguir promoviendo inquietudes y el surgimiento de más dudas, que son finalmente las que producen el avance del conocimiento.

Para finalizar el apartado, quiero mencionar a María Lourdes Tapia (2016) quien logra describir brevemente la situación en la que nos encontramos. Cita a Almeida para argumentar que,

(...) La sustitución de una interacción cara a cara por una comunicación mediada por computadores, constituye una dialéctica interactiva de protección y exposición, de visibilidad y ocultación. Por un lado, estamos protegidos por estar removidos físicamente de las actuaciones en línea (como si las pantallas fueran escudos), y por el otro, estamos inmersos en el mayor proscenio del mundo (p: 2).

LA MIRADA DEL PSICOANÁLISIS

❖ Devenir sujeto

Quienes nos enmarcamos en la corriente psicoanalítica reconocemos a Sigmund Freud como nuestro padre académico. Nuestra formación se nutre de los aportes que ofreció en su vasta obra. Freud desarrolló su teoría, aproximadamente, a lo largo de treinta años y, pese a que la produjo en la época victoriana, tiene una actualidad llamativa. Esto tal vez se deba al sucesivo trabajo que se ha realizado

sobre la teoría psicoanalítica por parte de diversos autores como Jaques Lacan, Piera Aulagnier, Isidoro Berenstein y Silvia Bleichmar, por nombrar algunos de los que también fueron importantes para nuestra formación. Curiosamente los anteriores son autores que si bien desarrollan sus propios conceptos, lo hacen siempre en una clave de relectura de los conceptos planteados por Freud. Por ejemplo, Bleimchmar sostiene la existencia de universales en la teoría psicoanalítica y, cuando habla de constitución psíquica, hace referencia a elementos invariables que contribuyen a la fundación del psiquismo:

El ser humano cambia históricamente, (...) la representación de sí mismo y de su realidad no se mantiene estrictamente en los términos con los que fuera pensado por el psicoanálisis de los comienzos. (...) Pero todos estos seres humanos (...) tienen las mismas reglas de funcionamiento psíquico que los de los historiales clásicos: están atravesados por la represión (...) con una tónica que permite el funcionamiento diferenciado de sus sistemas psíquicos, tienen un superyó cuyos enunciados permiten la regulación tendiente a evitar la destrucción tanto física como psíquica (Bleichmar, 2010: 91-92).

En otras palabras, el contenido reprimido puede variar, así como los imaginarios sociales, pero no el mecanismo de la represión.

Así es como cada época, con sus condiciones sociales, políticas, culturales y económicas, propias de ese espacio y tiempo, da lugar a diferentes tipos de subjetividades. La producción de subjetividad, se relaciona con el plano identificatorio, y en este sentido es la vertiente cambiante del sujeto. Los enunciados identificatorios de cada momento socio-histórico son diversos y por eso la producción de subjetividad no es la misma en las distintas épocas.

En este movimiento de separación entre constitución psíquica y producción de subjetividad, Bleichmar se descaptura de la rigidez teórica, e ingresa en un terreno más flexible. No renuncia a los conceptos que vertebran la teoría psicoanalítica y le permite pensar en la actualidad de dichos conceptos.

Para el devenir psíquico esta autora sostiene como un invariante necesario la presencia de un otro. En un primer momento, ese otro privilegiado es quien ejerce la función materna. Tal es así, que una falla en la función que Bleichmar denomina de “doble conmutador”, puede determinar un viraje, un clivaje, en el devenir del sujeto,

determinando así su estructura. En la obra de Lacan también se privilegia la figura del otro. En su esquema Z explica el devenir subjetivo y sostiene que en un primer momento se desarrolla una relación identificatoria con un pequeño otro (a), un otro de carne y hueso, que hace las veces de espejo. El cachorro humano comienza a reconocer su propio espacio corporal a través de esta relación. Posteriormente, cuando se desarrolla la habilidad del lenguaje, es también el otro el encargado de introducirlo en la cultura. A medida que este recorrido se va produciendo, Lacan introduce otros términos en su esquema que completan el panorama del devenir del sujeto. Piera Aulagnier, que se inscribe en el grupo de psicoanalistas designados como postlacanianos, también privilegia el papel que cumplen los otros significativos. Propone tres procesos de “metabolización” de la información que nos llega desde el mundo que nos rodea: originario; primario y secundario. Cada uno tiene una lógica distinta para la representación de cada elemento de información. Los elementos que no son aptos para ser metabolizados por alguno de estos tres procesos, carecen de existencia para la psique. En un primer momento la madre ejerce una función de prótesis, permitiendo que la psique encuentre una realidad ya modelada por su actividad, gracias a ello el mundo es representable y a medida que el sujeto avanza en su desarrollo van poniéndose en funcionamiento los otros procesos. Aulagnier nombra esta función como *portavoz*: “define la función reservada al discurso de la madre en la estructuración de la psique (...)” (Aulagnier, 2007: 113). A lo largo del desarrollo, el *infans* se va separando de las instancias parentales, para asumir, en la adolescencia, él mismo su propia voz. Desarrollando una manera de pensar autónoma, en el pleno funcionamiento del proceso secundario, siendo el producto de dicho proceso la representación ideica.

No es casualidad que estos autores hayan dado tanta importancia al papel que tiene un otro en el devenir del sujeto. Freud, ya desde los inicios de su obra, notó la importancia fundamental de una otra persona que introduzca al individuo en el mundo pulsional. Es que la vida pulsional de las personas se inaugura con la primer experiencia de satisfacción, experiencia que es siempre con el otro materno:

Al comienzo, claro está, la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de la necesidad de alimentarse. El quehacer sexual se apuntala primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella. (...) La necesidad de repetir la satisfacción

sexual se divorcia entonces de la necesidad de buscar alimento” (...) Y posteriormente, el niño, (...) prefiere una parte de su propia piel porque le resulta más cómodo (...) así se independiza del mundo exterior al que no puede aún dominar. (...) de esa manera, se procura, por así decir, una segunda zona erógena, si bien de menor valor. El menor valor de este segundo lugar lo llevará más tarde a buscar en otra persona la parte correspondiente (Freud, 1905: 165).

Freud menciona la función de madre nutricia y habla del apuntalamiento de la vida pulsional en la satisfacción de las necesidades biológicas. Esto inaugura la actividad de las pulsiones. Es justamente la madre quien se convierte en objeto de amor privilegiado y es a partir de este primer encuentro y de esta necesidad de repetir la satisfacción vivenciada, que el individuo busca sus objetos. Los autores que retoman a Freud, repiensen la categoría de “necesidades biológicas”, añadiendo las necesidades psíquicas. En todo caso, siempre es un otro significativo el encargado de cumplir esa función “maternante”. Pero este será un tema a tratar más adelante.

Se me hacía necesario remontarme a los primeros tiempos del devenir para poder resaltar la gran importancia que en el psicoanálisis tiene la relación con el otro. A fin de cuentas, es en ese encuentro en que se inaugura la vida psíquica. No podemos perder de vista que la naturaleza del ser humano es social y es imposible omitir el papel que tienen las otras personas en nuestras vidas. El sujeto está constantemente modificándose en función de las relaciones que mantiene o de aquellos vínculos que perdió en el camino. “Vivir es experimentar en forma continua lo que se origina en una situación de encuentro” (Aulagnier, 1975: 30).

❖ Elección de objeto

Mencioné entonces, en términos de Freud, que la vida psíquica queda inaugurada con la primera vivencia de satisfacción. Lo que se hace necesario aclarar es que, a partir de allí, estaremos toda la vida intentando repetir aquel momento, y lo intentaremos a través de los objetos que conforman el mundo que nos rodea. Para lograr comprender esto, es necesario retrotraernos a las consideraciones que hace el autor sobre la vida sexual en la infancia.

Freud sostiene, en *Tres ensayos sobre teoría sexual*, que fácilmente puede observarse en la clínica un primer tiempo, prehistórico, que comporta quehaceres

sexuales infantiles. De este primer momento los adultos no tenemos recuerdos, debido a que opera sobre nosotros una amnesia, que se instala en el periodo de latencia:

Peculiar amnesia que en la mayoría de los seres humanos (¡no en todos!) cubre los primeros años de su infancia, hasta el sexto o el octavo año de vida.(...) no conservamos en la memoria sino jirones incomprensibles, reaccionamos con vivacidad frente a las impresiones, sabíamos exteriorizar dolor y alegría de una manera humana, mostrábamos amor, celos y otras pasiones que nos agitaban entonces con violencia. (...) Y una vez adultos, nada de eso sabemos de nosotros mismos (Freud, 1905: 158).

Freud sitúa una serie de etapas en el Desarrollo Psicosexual del individuo. Ellas son: fase oral, fase anal, fase falica, periodo de latencia y la posterior intalación de la etapa genital, que se condice con el quehacer sexual del adulto.

Las tres primeras, denominadas fases pregenitales, responden a una lógica de satisfacción autoerótica. Esto quiere decir que el individuo encuentra placer estimulando zonas de su propio cuerpo. Estas son las zonas erógenas: “Es un sector de piel o de mucosa en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad.” (Freud, 1905: 166). Primeramente, el cuerpo se encuentra parcializado, es decir, no conformando una totalidad. Cualquier parte puede hacer las veces de zona erógena. Sin embargo, a medida que avanza el desarrollo, las pulsiones van organizándose:

(...) <<pulsión>> es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. (...) en sí no poseen cualidad alguna, sino que han de considerarse solo como una medida de exigencia de trabajo para la vida anímica. Lo que distingue a las pulsiones unas de otras y las dota de propiedades específicas es su relación con sus fuentes somáticas y con sus metas (Freud, 1905:153).

Así las pulsiones se van organizando bajo zonas erógenas privilegiadas, que concuerdan con la fase del desarrollo psicosexual que el niño se encuentre atravesando. Por ejemplo, en la fase oral, la zona erogena privilegiada es la boca; en la etapa sadico-anal, la zona erogena coincide con las mucosas del intestino y el placer se encuentra en la retención o liberación de las heces. El paso por estas etapas

puede dejar más o menos fijaciones, pero de ello no podemos tener noticia si no es a través de la clínica, en la que se indagan estas mociones inconscientes. De lo que sí podemos estar seguros es que determinan la vida sexual del adulto. El mismo Freud lo dice: “Tenemos que suponer (...) que esas mismas impresiones que hemos olvidado dejaron, no obstante, las más profundas huellas en nuestra vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo nuestro desarrollo posterior” (p: 159).

Justamente, podemos ver estas determinaciones en la elección de los objetos. “Para completar el cuadro de la vida sexual infantil, es preciso agregar que a menudo, o regularmente, ya en la niñez se consuma una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la fase de desarrollo de la pubertad. El conjunto de los afanes sexuales se dirigen a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta.” (p: 183). Lo que diferencia el objeto sexual en la infancia y en la adultez, es que en un primer momento la meta es de carácter inhibido, parcializado. En cambio, en periodos posteriores la meta pulsional, subsumida bajo la hegemonía de la genitalidad busca el placer sexual, la reproducción, el coito. Freud sostiene, en consideración de lo anterior, que la elección de objeto se realiza en dos tiempos u oleadas: “La primera se inicia entre los dos y los cinco años, y el período de latencia la detiene o la hace retroceder; se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales. La segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual” (p: 182-183)

Es así como la elección infantil de objeto se prolonga hasta una época tardía, es decir, comienza en la primera infancia y se retoma en la pubertad, etapa en la cual se lo conserva tal cual o se lo renueva de acuerdo a nuevas coordenadas. En síntesis:

Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió solo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica, y solo luego de superado el periodo de latencia se restablece la relación originaria (Freud, 1905: 202-203).

Podemos precisar entonces, que el encuentro del objeto en la pubertad se trata más bien de un *reencuentro* con ese objeto de la primera infancia. Freud profundiza

estas cuestiones en *Introducción del narcisismo* de 1915. Sostiene que la elección de objeto se produce siguiendo dos modelos: o bien por apuntalamiento o bien por elección narcisista. “Todo ser humano tiene abiertos frente a sí ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. (...) tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer que lo crió” (p: 85). En función de ese modelo, el sujeto reactualiza o renueva su objeto, siendo este movimiento fundamental para su devenir. Freud se pregunta qué es lo que sucede en ese paso del autoerotismo de la etapa pre-genital, narcisista, a la elección de objeto, esa salida hacia el mundo exterior, una salida exogámica. Refiere que la respuesta es bastante opaca, pues ese pasaje se produce durante el periodo de latencia, esa etapa oscura en que la vida de las pulsiones entra en reposo y solo tenemos noticias de ella mediante las vías de sublimación de la misma. Sin embargo, ensaya la siguiente respuesta: “Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar” (p. 82). La salida hacia el mundo de los objetos, entonces, se desarrolla por la necesidad de la psique de no caer enferma.

Algunos años más tarde, Piera Aulagnier desde la elaboración de su teoría, privilegia el lugar que tiene el discurso en las relaciones vinculares. Y de alguna manera responde aquella incógnita oscuramente resuelta por Freud. Dice que el paso del proceso primario (cuya representación es fantasmática; responde a la fantasía) al proceso secundario (cuya representación es ideica; responde al pensamiento) se da por una necesidad del yo de comunicarse y por una insuficiencia del proceso anterior para representar la realidad. No podemos dejar de lado, que la autora considera que al sujeto se le habla incluso antes de su nacimiento. Se prepara un lugar, bañado de lenguaje, de sentido, (a través de esa función de portavoz ejercida por las instancias parentales) al que el nuevo yo adviene. Desde el inicio de su existencia, el ser humano es un ser hablante, atravesado por el discurso y sus múltiples sentidos. Entonces, podríamos decir que el mundo se hace representable y, por tanto, reconocible, porque el sujeto está inmerso en una sociedad de discurso. Es la desmentida a la que se enfrenta el yo, incapaz de seguir representando al mundo a partir de la fantasía, esta lógica de metabolización se le hace insuficiente, porque se encuentra con una realidad efectiva, una realidad discursiva, pensable: “Mientras la psique ignore la exterioridad del mundo y del otro, no hay posibilidad ni exigencia de comunicación” (Aulagnier, p: 148). En tanto, para la vida en sociedad, esta exigencia se hace

ineludible, atento a que la comunicación es fundamental para la convivencia: No podemos perder de vista que somos, ante todo, seres sociales.

❖ Relaciones amorosas

En “*Psicología de las masas y análisis del yo*” (1921), Freud teoriza sobre el enamoramiento y sostiene que “no es más que una investidura de objeto de parte de las pulsiones sexuales con el fin de alcanzar la satisfacción sexual directa, lograda la cual, se extingue” (p: 105). Dijimos anteriormente que el modelo de objeto amoroso, reactualizado en la pubertad, está basado en una primera elección de objeto en uno o ambos progenitores, siguiendo, o bien la vía narcisista o la vía de apuntalamiento. Posteriormente en el desarrollo del sujeto, la represión obliga a renunciar a la mayoría de estas metas sexuales infantiles. Para devenir sujeto social, el individuo debe asumir ciertas leyes que impone la cultura, la primera y principal es la prohibición del incesto. Así es como el yo resuelve en buscar, por fuera del grupo familiar un objeto que repita, reproduzca, ciertas características que tenía aquel objeto de amor primitivo.

Lo que a Freud le sorprende del fenómeno de enamoramiento es la sobrestimación sexual:

El hecho de que el objeto amado goza de cierta exención de la crítica. (...) El afán que aquí falsea el juicio es el de la *idealización*. (...) discernimos que el objeto es tratado como el yo propio, y por tanto en el enamoramiento afluye al objeto una medida mayor de libido narcisista (Freud, 1914: 106).

Es en este sentido, dice Freud, que el yo se empobrece en pos de enaltecer el objeto; lo sube a su pedestal y desde abajo lo mira obnubilado:

La fuente principal de este sentimiento [*amar*] está en el empobrecimiento del yo que es resultado de la enorme cuantía de las investiduras libidinales sustraídas de él, vale decir, del deterioro del yo por obra de las aspiraciones sexuales que han eludido el control. (Freud, 1914: 95).

El yo se desvive por realizar favores a ese objeto enaltecido, pero no está más que tratando al objeto como una parte de sí mismo. “El enamoramiento consiste en

un desborde de la libido yoica sobre el objeto. Tiene la virtud de cancelar represiones (...). Eleva el objeto sexual a ideal sexual. (...) Se idealiza a lo que cumple esta condición de amor.” (Freud, 1914: 97). Libido narcisista y libido de objeto son dos conceptos descriptivos, la libido es una y la misma, parte desde el yo para encontrar la realización de su meta, que es finalmente la satisfacción.

Piera Aulagnier en *“Los destinos del placer”* (1977) retoma esta idea de la falsación del juicio, de la idealización del otro y que se trata de una elección narcisista, en tanto uno dispensa al objeto los mismos tratos que se destinaría a sí mismo.

Principalmente sostiene que, verdaderamente, en una relación amorosa, nos relacionamos con la idea que nos armamos acerca del otro. No perdamos de vista que el tercer proceso del que habla la autora, el proceso secundario, ya se encuentra en pleno funcionamiento. El paso a este modo de metabolización se establece en la desmentida, en el reparo de que ni la fantasía, ni el pictograma son suficientes para representar el mundo. Ahora es necesario pasar la experiencia por el tamiz del discurso, del pensamiento.

El paso (...) del proceso primario al proceso secundario, encuentra su causa en la exigencia de comunicación del yo, corolario de su relación con la realidad, es decir, de su relación con el yo del otro. Mientras la psique ignore la exterioridad del mundo y del otro, no hay posibilidad ni exigencia de comunicación (Aulagnier, 1977: 148).

Es que la autora reconoce que no solo se nos vuelve necesario forjarnos una idea del yo del otro, con la que me relaciono; sino que a esta idea que me formé, dirijo mi discurso, lo vuelvo destinatario de mis pensamientos y mis palabras. Este representante, dice Aulagnier, “(...) desempeña el papel de un receptor de mensajes, de palabras dichas en ausencia de ese objeto”. (p: 145).

La propuesta de la autora va un poco más allá, sostiene que no solo nos armamos una idea del yo del otro, sino una representación de nuestra relación con él, y la catectización de estas ideas son las únicas que sirven de soporte para que la relación se mantenga en ausencia del objeto. “Durante la ausencia del otro real, la libido tiene la seguridad de la preservación de un “soporte objeto” en el espacio psíquico”. (p: 144). Justamente, es la ilusión de formular, en presencia del objeto amado, todos aquellos pensamientos elaborados en su ausencia. La autora señala

que, de pesarse las palabras formuladas en presencia real del objeto y las formuladas a esa imagen representada, la balanza se inclinaría pesadamente del lado del discurso interior. Los lazos que parten de un yo hacia el yo del otro son ante todo *lazos verbales*; lo que aportará placer durante el encuentro de los cuerpos tiene apuntalamiento y soporte en el discurso, en lo formulado en el pensamiento, en lo discursivo, en lo verbal, en las palabras. "(...) entre el yo y el yo del otro no puede haber relación ni catectización que no se plieguen a las exigencias de la comunión. **En ciertas condiciones podemos imaginar una relación puramente interpretativa**". (p: 147). Y aún remarca que una de las motivaciones de demanda de análisis más comunes es la dificultad que siente el yo para comunicarse, para hablar con el otro. Podríamos decir que una de las cosas que lleva al sujeto a la consulta son los malos entendidos en sus relaciones con otros.

El último elemento a considerar es la inevitable presencia de la distancia. La autora expone tres razones que explican el porqué de esa diferencia. La primera tiene que ver con los límites que siempre encuentra el conocimiento que el yo pueda tener sobre el otro. Siempre hay una dimensión de la otredad que el yo no llega a capturar, es imposible capturar la ajenidad del otro con el que me vinculo, así como nosotros no podemos ser completamente transparentes para la mirada del otro. La autora afirma que esta opacidad es una necesidad para el propio funcionamiento del pensamiento. La segunda razón tiene que ver con que el *encuentro pensado*. Piera Aulagnier sostiene (...) el encuentro pensado, siempre se acercará más al encuentro anhelado que el encuentro real" (1977: 149); es decir, aún en presencia del objeto real, vamos a estar en el plano vincular, más cercanos a la idea que nosotros mismos hemos forjado, y esto se debe a la idealización, así como la planteaba Freud. Finalmente, la tercera razón es corolario de la segunda: el otro pensado es una reconstrucción, un resultado del trabajo de pensamiento del yo, esto quiere decir, que en ese trabajo de idealización desfiguramos al otro real, lo modelamos en nuestro pensamiento tal y como nosotros desearíamos que fuese y este trabajo establece la brecha entre lo real y lo pensado. **El objeto ya no es el objeto real sino el objeto pensado y con ese objeto pensado me relaciono.**

La pregunta que ahora nos ocupa es, ¿cuáles son los límites necesarios para que esta distancia entre lo pensado y lo real no conduzca a una ruptura? La autora considera que el placer pensado no puede sostenerse indefinidamente. En algún momento el sujeto tendrá que encontrar al otro en la realidad; y así como sucede con

el hambre, sucede con el pensamiento, no se calma hasta que la realidad no ofrece un alimento; en el caso del cuerpo hay una “exigencia de realidad”. Se vuelve necesaria una prueba de que para el otro soy también un objeto de amor: “no hay relación amorosa en la cual (...) no aparezca en ciertos momentos la exigencia de una prueba que se pide al otro, del orden del acto, del resto del placer, es decir, que esté marcada por un signo de realidad”. (p:153). Se exige al otro una prueba de que también nosotros estamos siendo catectizados como objeto.

Piera Aulagnier destaca la importancia de pensar la economía de la relación amorosa, porque nos explica la relación del yo con la realidad. Es un mecanismo que se extiende al resto del existir humano. Un carácter específico de la relación amorosa es la simetría y la interdependencia entre los dos yoes. Lo que exijo al otro, esa necesidad de recibir lo que pido es también lo que el yo del otro tiene la obligación de exigir y esperar de mí en cuanto existente, en cuanto a deseante autónomo. Y, en una relación amorosa de características esperables, la simetría nunca es perfecta pero es suficiente para que el yo amante no se encuentre en una situación de dependencia, fuente de angustia:

La catectización del yo pensado es una condición para que se preserve una relación de amor con el yo real, a pesar de que nunca puede haber identidad entre esos dos soportes, y que esa “diferencia” debe ser conocida y aceptada por el yo. (1977: 154)

Ahora bien, si consideramos al *encuentro pensado* como una especie de *reconstrucción cristalizada de lo ya vivido con el otro*, nos preguntamos qué sucede cuando esa reconstrucción encuentra un obstáculo, cuando nos encontramos con lo irrepresentable del otro.

Cada vez que el yo se ve obligado a reconocer que no hay conformidad entre el yo pensado y el yo real, se enfrenta a dos elecciones que amenazaría conducir a un mismo resultado: descatectizar al otro real o preservar la catectización únicamente del yo pensado (1977:150).

La autora habla de una especie de duelo sin muerte que preserva la catectización de lo que ese amor ha sido, o de lo que uno ha creído que ha sido.

❖ *¿Qué sucede, entonces, ante la pérdida del objeto amado?*

He dado un panorama bastante general de lo que sucede, desde los inicios del devenir del sujeto, respecto a la elección de un objeto de amor privilegiado, en tanto es en este objeto en el que buscan realizarse todos los deseos pulsionales. Aparecen diversos mecanismos psíquicos, destinados a mantener ese vínculo que se ha formado. Tal es el caso de la idealización, antes mencionada. Freud resume este recorrido de la siguiente manera:

(...) poseemos un cierto grado de capacidad de amor, llamado libido, que en los comienzos del desarrollo se había dirigido sobre el yo propio. Más tarde, pero en verdad desde muy temprano, se extraña del yo y se vuelve a los objetos, que de tal suerte incorporamos, por así decir, a nuestro yo. Si los objetos son destruidos o si los perdemos, nuestra capacidad de amor [*libido*] queda de nuevo libre. Puede tomar otros objetos como sustitutos o volver atemporariamente al yo. (...) ¿por qué este desasimiento de la libido de sus objetos habría de ser un proceso tan doloroso? (1914: 310).

Nos adentramos ahora en el terreno de *Duelo y Melancolía*, obra en la que Freud intenta definir estos dos fenómenos que groseramente se parecen, pero que en el fino detalle se diferencian claramente. Ante la desaparición del objeto el autor sostiene que:

Para cada uno de los recuerdos y de las situaciones de expectativa que muestran a la libido anudada con el objeto perdido, la realidad pronuncia su veredicto: **el objeto ya no existe más**; y el yo, preguntado, por así decir, si quiere compartir ese destino, se deja llevar por la suma de satisfacciones narcisistas que le da el estar con vida y desata su ligazón con el objeto aniquilado (Freud, 1915: 250).

Freud en su conceptualización del *duelo* dice que "(...) es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc. (Freud, 1914: 241). Freud sostiene que no es correcto considerarlo como patológico, sino como un comportamiento esperable ante la pérdida. Como en toda su obra, Freud hace el intento de caracterizar

la normalidad a partir de lo patológico y en este caso, compara al duelo con la melancolía. Indica que esta última se singulariza por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar y la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo. El duelo presenta los mismos rasgos, exceptuando la perturbación del sentimiento de sí.

Habiendo dicho lo anterior, la pregunta que nos surge ahora es ¿En qué consiste el trabajo de duelo? Un examen de la realidad nos ha demostrado que el objeto amado ya no existe, por lo que el trabajo que corresponde ahora al yo es quitar la libido de los objetos exteriores, cortar aquello que lo vinculaba pulsionalmente con él y, como es natural, nunca se abandona de buen grado una posición libidinal, ni siquiera cuando ya hay un sustituto asomando. Lo que sucede, es que el duelo es un trabajo lento que se realiza pieza por pieza. Aquellos recuerdos y expectativas que recaían sobre el objeto perdido son clausurados y de ellos la libido se va desapegando. Durante el duelo el mundo se ha hecho pobre y vacío; una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido.

Si pudiésemos tratar en consulta a una persona que atraviesa un duelo, nos encontraríamos con que el paciente dirige hacia sí mismo un sin fin de autorreproches, dice Freud que “las más fuertes de ellas se adecuan muy poco a su propia persona y muchas veces, con levísimas modificaciones, se ajustan a otra persona a quien el enfermo ama, ha amado o amaría” (1914: 245). Esto se debe a un fenómeno que particularmente ocurre en el duelo: la *introyección* de la libido. Para poder realizar la renuncia a ese objeto perdido, el yo erige en su interior a ese objeto; de esta manera, aunque el objeto no tenga existencia en la realidad, continúa existiendo en lo psíquico. Así es como el yo puede realizar ese movimiento de retraer sus investiduras libidinales sobre sí mismo, volver a enriquecerse, elevar su libido narcisista. Una vez que recupera ese monto libidinal, se encuentra listo para invertir el mundo nuevamente. En esta introyección que el yo hace del objeto, se modifica de alguna manera, incorporando un rasgo de aquel objeto perdido. De esta forma el yo conserva al objeto en su interior.

Freud sostiene que el duelo, pasado un tiempo, desaparece sin dejar secuelas registrables. Así es como se produce: “**Hubo una elección de objeto, una ligadura de la libido a una persona determinada; por obra de una afrenta real o un**

desengaño de parte de la persona amada sobrevino un sacudimiento de ese vínculo de objeto.” (1914: 246). Añade además que “si el objeto no tiene para el yo una importancia tan grande, una importancia reforzada por millares de lazos, tampoco es apto para causarle un duelo o una melancolía”. (1914: 253).

Podemos desprender de esto algunas reflexiones. En primer lugar, que la pérdida de un objeto que no tiene relevancia suficiente para el yo, no comporta un trabajo de duelo. Lo que determina esta relevancia son los lazos libidinales destinados a ese objeto, si uno posa sobre el objeto toda su libido, destina sus anhelos y expectativas sobre él, es decir, si llegamos a idealizarlo, subirlo a nuestro pedestal, se habría producido lo que Freud denomina como enamoramiento. Ahora, si este objeto desaparece súbitamente, el yo se verá compelido a un trabajo de duelo.

Finalmente, he de considerar que el duelo es un proceso universal, su mecanismo contribuye a la constitución del psiquismo, Freud mismo lo explica en “*El yo y el ello*” (1923):

El superyó debe su posición particular dentro del yo (...) a un factor que se ha de apreciar desde dos lados. El primero: es la identificación inicial, ocurrida cuando el yo era todavía endeble; y el segundo: es el heredero del complejo de Edipo, y por tanto introdujo en el yo los objetos más grandiosos. (...) lo convierte en reencarnación de anteriores formaciones yoicas, que han dejado sus sedimentos en el ello. Por eso el superyó mantiene duradera afinidad con el ello, y puede subrogarlo frente al yo (Freud, 1923: 49).

Dicho esto, podemos considerar que en la constitución de las instancias psíquicas (yo, ello y superyó) interviene un trabajo de duelo, que implica la resignación de los investimentos libidinales ante la comprobación, por prueba del principio de realidad, de que el yo no puede realizar sus metas pulsionales en los primeros objetos de amor. Así es como el yo, emprende un trabajo de duelo, resigna esos primeros objetos y por medio de la identificación los erige en su interior, dando lugar a la formación del superyó. Todo esto, se realiza como un trabajo de duelo.

En conclusión, del duelo podemos decir que se presenta como un mecanismo fundamental para la constitución del psiquismo. Además, se pone en función siempre y cuando el objeto que se ha perdido en la realidad efectiva, aquel objeto que no

devuelve o no responde, desde el plano real a nuestras exigencias (en términos de Aulagnier), tenga una real importancia para nosotros. Como todo en nuestra disciplina, dependerá del caso por caso la dificultad del sujeto para atravesar por el camino que comporta el duelo. Al fin y al cabo, ya lo hizo una vez, en su prehistoria personal, en la necesidad de renunciar a sus primeros objetos de amor, en pos de conservar su libertad para invertir nuevos objetos.

La elección de objeto de la época de la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles y empezar de nuevo como corriente *sensual*. La no confluencia de las dos corrientes tiene como efecto tantas veces que no pueda alcanzarse uno de los ideales de la vida sexual, la unificación de todos los anhelos en un objeto (Freud, 1905: 182).

ANÁLISIS DE ENTREVISTAS

Las motivaciones de este trabajo tuvieron que ver con indagar la manera en la que los sujetos nacidos entre 1986 y 1996, tramitan el duelo ante una decepción amorosa de una relación que se estableció y mantuvo, en gran parte, en plataformas virtuales. Si bien el duelo es un mecanismo de la constitución psíquica fundamental para la instalación de las instancias del psiquismo, también es un proceso subjetivo, dado que las características de la propia experiencia completan dicho proceso. No todos duelamos de la misma manera y sobre todo, siempre depende de las características del vínculo que supimos construir. En algunas circunstancias puede ser más dificultoso que en otras. Con la técnica de la entrevista busqué, precisamente, nutrirme del relato y analizar profundamente las vivencias personales de los sujetos, que fueron insumo para la reflexión.

La entrevista es un método que facilita una aproximación a la vida del sujeto, pues le da al entrevistado la suficiente libertad para expresarse y a nosotros, investigadores, de puntualizar en ciertas cuestiones de interés. La modalidad fue de una entrevista semidirigida, comenzando con preguntas más estructuradas y puntuales, para que la persona pudiera sentirse cómoda. A medida que la entrevista avanzaba, las preguntas eran más específicas, procurando que aparecieran las coordenadas de la vida subjetiva pero siempre persiguiendo el mismo objetivo: ***conocer las características del trabajo de duelo.***

Ya mencioné que el rango etario elegido está compuesto por personas que nacieron entre 1986 y 1996. Sostengo que somos la generación que no nació con una exposición a la vida de las pantallas y que hemos tenido que adaptarnos a medida que ésta avanzaba. Sumado a otro condimento: somos hijos del *boom* tecnológico, es decir, las plataformas iban apareciendo a medida que crecíamos. Nos adueñamos de espacios virtuales recientemente fundados, sin reglas ni márgenes. No conocíamos sus usos, sino que los inventamos.

Se realizaron un total de diez entrevistas a mujeres y varones, indistintamente de su orientación sexual, de entre 25 y 35 años. Considero que la muestra es significativa en cuanto a ciertos indicadores obtenidos. Principalmente hay una coincidencia en las redes sociales utilizadas, además del destino de su uso.

Antes de detenerme en fragmentos específicos de cada testimonio, puedo adelantar que se hallaron tópicos comunes en todos los relatos. En primer lugar, una coincidencia en relación a que, en los inicios, todos los sujetos manifestaron haber incursionado en Messenger y Facebook y que, con el correr del tiempo, migraron hacia la red que hoy predomina, que es Instagram. Otra coincidencia es que la mayoría utilizan la red social para conocer personas. En este sentido, es importante destacar que, en las redes sociales que utilizaron al principio, lo que predominaba era la palabra escrita, los mensajes y los comentarios. Luego, ya desde Instagram, lo que prevalece es la imagen: no sólo la difusión de la propia, sino el interés por *mirar* a los otros desde esa vidriera de cristal. También pude establecer parámetros que acercaban a los sujetos en torno a cómo conciben a las redes sociales, como una herramienta que facilita la interacción y que pareciera resguardar de los peligros del mundo real. Por último, una de las categorías que se repite en todos los discursos, tiene que ver con lo que denominan *enrosque*. Con este término los entrevistados aluden a una sensación que podríamos relacionar con lo que Freud menciona como “autoreproches”. El padre del psicoanálisis refiere que:

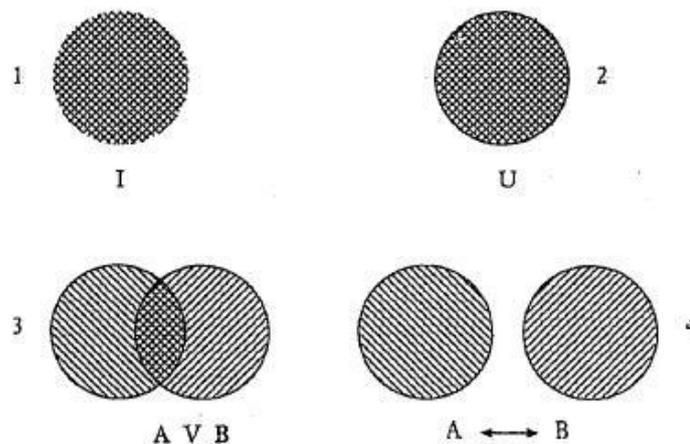
Si con tenacidad se presta oídos a las querellas que el paciente se dirige, llega un momento en que no es posible sustraerse a la impresión de que las más fuertes de ellas se adecuan muy poco a su propia persona y muchas veces, con levísimas modificaciones, se ajustan a otra persona a quien el enfermo ama, ha amado o amaría (1915: 245).

En este sentido, Freud advierte que “se tiene en la mano la clave del cuadro clínico si se discernen los autorreproches como reproches contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio” (1915: 246).

Ahora, voy a detenerme en algunos pasajes llamativos de las entrevistas que fui realizando.

Una idea recurrente en varios de los entrevistados, aparece ya en la *entrevista 1*: “**No llegas a conocer nunca a la persona**”. Sobre esto ya reflexionó Piera Aulagnier (1977): en el vínculo entre personas está esa dimensión de la ajenidad, que es lo inaccesible del otro, no lo podemos metabolizar, no le podemos dar un sentido porque está completamente fuera de nuestra esfera y fuera de todo entendimiento. Es por esto que el sujeto debe formarse una idea de la otra persona, una idea que sostenga el vínculo. Isidoro Berenstein (2007) propone pensar los vínculos como diagramas de Ben, donde cada persona es un círculo y el espacio formado entre ambos es el terreno que constituye la relación, terreno en el que, por otro lado, ambos sujetos se instituyen como “*sujetos del vínculo*”.

Pero el otro es siempre opaco, siempre. Pues hay toda una otra parte a la que uno no accede, es la parte posterior del círculo, aquella que no llega a juntarse.



Hoy en día no podríamos decir que ese espacio resulta de la superposición de A y B, como hacíamos antes, porque no resulta de dos sujetos previamente instituidos que van al encuentro uno de otro, lo que llamamos suma de 1+1. Por el contrario, de U se pasa a la imagen 3, llamada A V (Vínculo) B. Refiere a que A y B se instituyen como nuevos sujetos desde el vínculo y no previamente a él. (Berenstein, 2007: 113).

“Siempre es necesario tener un proyecto”, sostiene la entrevistada 7. Además, en otro momento de la entrevista refiere que: **“Otra cosa fundamental es tener un objetivo final (...) saber que hay un proyecto común”**. Este relato pertenece a una persona que mantiene una relación desde hace cinco años con un australiano que vive en Londres. La relevancia de esta entrevista radica en el hecho de que, en muchos de sus pasajes, podemos comprobar que el vínculo cumple con las características que los anteriores dos autores sitúan. Se trata siempre de la elaboración de una idea sobre la otra persona y de una idea sobre la relación que entablamos con ella. Ambos autores remarcan la importancia de tener un punto de encuentro, un proyecto en común conjugado con la promesa del encuentro. En el caso del testimonio analizado aquí, cabe consignar que, si bien se han visto con anterioridad, **“Nos vemos cada tanto, pero nuestras bases son las redes sociales”**. La entrevistada hace hincapié en el compartir lo cotidiano, tratar de estar presentes en la vida del otro, aunque sea a través de la pantalla, **“(…) cuando los dos estamos en nuestras casas, abrimos Discord con cámara o sin cámara y cada cual hace la suya. Obviamente charlamos, boludeamos, así queda abierto como si estuviésemos los dos juntos”**. Y si bien concluye en que las redes sociales son un poco **“tóxicas”** y **“desgastantes”**, les permite compartir el día a día. En este aspecto, me parece pertinente recuperar los aportes de Paula Sibilía, en el sentido de que:

Las redes sociales nos permiten atravesar las paredes, algo que está generando un conflicto insoslayable. Los que atraviesan las paredes no son sólo los dispositivos, sino nosotros, cada vez más compatibles con esta propuesta de un mundo en red. Para las redes, no hay límites espaciales ni temporales. Nuestra vida hoy está llamada a ‘performar’, es decir, a realizarse en escena (2017: s/p).

Además, para observar esta práctica desde la perspectiva psicoanalítica, retomamos los aportes de Aulagnier, quien dice:

El representante psíquico del yo del otro en el espacio psíquico del yo asegura la permanencia de un diálogo, de una palabra comunicable a ese representante psíquico del ausente. Este representante desempeña el papel

de un receptor de mensajes, de palabras dichas durante la ausencia, con la ilusión de que uno podrá formularlas, volver a dárselas durante su presencia. (1977: 145).

En este punto me permito discutir con la mirada de Han en su libro *La sociedad de la transparencia*. Se puede pensar en esos términos sólo en la irrealidad de las redes, pero no en el mundo concreto. No somos ni seremos una sociedad de la transparencia, porque el misterio del otro jamás podrá ser develado. Conuerdo con la premisa de que, de nosotros, sujetos hiperconectados, se pretende una transparencia. Pero no creo que se pueda aseverar que somos esa sociedad, pues también somos sujetos del inconsciente. Ese misterio que anida en el inconsciente, no es otra cosa que el deseo. Y el misterio se vuelve más intrincado si incorporamos a la ecuación el deseo del otro y el lugar que yo mismo ocupó en función de él. Sobre esto ya hablaba Lacan, la no relación sexual es la premisa que regula los vínculos entre personas. Llamativo es el hecho de que muchos entrevistados reconocen también la necesidad de hablar con su *partenaire* para no caer en lo que ellos mismos denominan “enrosque”, tener cierta “claridad” en cuanto a sus intenciones. Ejemplo de esto son las entrevistas 1, 4, 5, 6 y 8 respectivamente:

“En realidad me parece que está bueno que se dialoguen las cosas. Yo necesito hablarlas”. (e. 1)

“Yo la admiro. La flaca fue directo a buscar lo que quería, no quiere que queden dudas sobre eso. No importa que haya sido un montón, pero ojalá pudiera hacer lo mismo, comunicar directamente con tanta claridad”. (e. 4)

“A mi me pasa que yo prefiero siempre responder y decir “Me pasa esto y esto” (...) Yo por eso intento ser lo más claro que se pueda”. (e. 5)

“Pero cuando uno se da cuenta de que quiere algo, o pasan cosas, estaría bueno hablarlo”. (e. 6)

“Siempre comunico: “Che, si te pinta que nos veamos avisame y si no ya está”. Más menos ácida, más menos concreta, pero suelo abandonar los espacios con cierto aviso también”. (e. 8).

Estos fragmentos reflejan no solo la opacidad del otro para mí, sino también la importancia que tiene la palabra dentro de la construcción y consolidación de los vínculos; sobre todo la “claridad” en detrimento de esta “opacidad”, no explicitada pero idea presente si sabemos leer entre líneas en los discursos de los entrevistados. Piera

Aulagnier considera que “los lazos que parten de un yo hacia el yo del otro son ante todo *lazos verbales*. Apuntalamiento y basamento de lo que podrá aportar el placer experimentado durante el encuentro de los cuerpos y por su intermedio” (1977: 146).

Precisamente, el problema en el vínculo es y siempre será lo NO-DICHO. Como psicólogo, encuadrado dentro de los aportes psicoanalíticos y privilegiando el lugar que tiene la palabra, sostengo que lo no-dicho es el gran problema de la humanidad, eso que no tiene un sentido, que no tiene una palabra o una representación que lo mediatice, es lo que siempre retorna. El síntoma, particularmente viene a ser un intento de puesta en sentido, un intento por ligar el afecto con la representación y siempre que no se resuelva, es decir, que continúe con ese estatuto de NO-DICHO va a repetirse hasta el cansancio. Como dice Aulagnier, “(...) a menudo una de las motivaciones de la demanda de análisis es la dificultad que siente el yo para comunicarse, para hablar con el otro.” (1977: 147). La entrevistada 3 redonda sobre lo mismo: **“Yo le hablé (...) y no hubo una respuesta de algo en particular mío (...) Necesitaba una palabra del otro (...)”**. Piera Aulagnier, insiste sobre este punto: del otro se espera una respuesta, una palabra que sostenga, que haga de soporte a la palabra que yo le dirijo. Se hace necesario cada tanto recibir esa respuesta, ese retorno de la realidad que nos dice *“Si, el otro sigue ahí”*. Cuando el otro desaparece, como en el caso del ghosting, nos sobreviene la angustia, el otro en la realidad dejó de existir en este terreno de mediación que hace de punto de encuentro en el vínculo.

La misma entrevistada concluye: **“Teníamos un vínculo (...) nunca habíamos charlado sobre qué esperaba yo de él o qué esperaba él de mí”**. No es un gran develamiento decir que la comunicación es fundamental para que un vínculo de pareja se sostenga, pero si considero relevante remarcarlo.

Dos yoes se encuentran y hablan de su cuerpo, de su placer, de sus sueños, de su espera y de su deseo (...); lo importante es que puedan pronunciar palabras que sean para cada uno de ellos fuente de placer y de emoción. (...) entre el yo y el yo del otro no puede haber relación ni catectización que no se plieguen a las exigencias de la comunicación (Aulagnier, 1977: 147).

Sin embargo, yo me pregunto a este respecto ¿Esto se hace o se hizo alguna vez en la vida de las personas? ¿Alguien es capaz de determinar, desde el comienzo del vínculo, qué es lo que quiere y qué es lo que no? ¿Cómo hacer para no modificar

la posición respecto de lo que se quiere o no se quiere de ese vínculo? ¿Se puede sostener una misma situación para siempre, habiendo modificado la intención para con el otro?

Lo que cabe recalcar, es que siempre prevalece el intento de dar un sentido a esa desaparición espontánea que se produce en el ghosteo. En la entrevista 1, nos proponen dos alternativas: **“Yo intenté darle muchos sentidos y la verdad es que las posibilidades son dos... O lo hablás o te enroscás”**.

Ahora bien, yo me pregunto, si el enrosque se corresponde con un trabajo de duelo, ¿no sería necesario atravesarlo? Una permanencia en esta posición de talante dolido es ubicarse sobre el campo de la melancolía, conducta que Freud sí patologiza, no así al duelo.

El duelo (...) tiene idéntico talante dolido [*que la melancolía*], la pérdida del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor. (...) Fácilmente se comprende que esta inhibición y este angostamiento del yo expresan una entrega incondicional al duelo que nada deja para otros propósitos y otros intereses (1915: 242).

La necesidad del atravesamiento del duelo radica en tener la posibilidad de volver a investir los objetos, de poder recuperar ese interés por el mundo circundante, de no permanecer en esa posición melancólica que únicamente llevaría a la destrucción del yo propio.

¿En qué consiste el trabajo que el duelo opera? (...) El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. (...) universalmente se observa que el hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma (Freud, 1915: 242).

Otro dilema que se repite en varias entrevistas es la duda respecto de quien está del otro lado: **“El ghosteo te hace dudar del vínculo que vos tenías con esa persona, qué significaba yo para ella”** (e.1).

El vínculo, según Berenstein, es un término que se utilizaba para nombrar aquello que ligaba a varias personas y que poco a poco se extendió hacia las

relaciones entre un yo y otro yo, lo que luego fue una relación entre el yo y los otros, es decir, vínculo, tantas veces se utilizó como sinónimo de relación. Sin embargo, dice Berenstein que el vínculo es:

(...) Una estructura de tres términos constituida por dos polos, los dos yoes y un conector. (...) cada yo tiene un origen autónomo, derivado de su pasado infantil, y su subjetividad se basa en su identidad. De allí la concepción del vínculo como una relación de dos entidades que desde su origen individual ingresan en la relación, la cual se despliega en un tiempo posterior respecto del desarrollo individual. (2007: 107)

Siempre fue posible dudar del vínculo. El entrevistado 9 sostiene: “(...) **Vos cuando estas hablando con alguien por redes sociales no sabes si la que está del otro lado te dice la verdad, si te miente... Si realmente es como dice**”. La virtualidad nos ha quitado la seguridad, a lo mejor por la velocidad de las interacciones, por ese “zapping” constante: “*Si no soy lo suficientemente bueno se va con otro/a*”. Esa misma velocidad ha hecho que los primeros encuentros sean menos profundos, más superfluos. El entrevistado 9 remata: “**Es todo muy artificial... Superficial**”. La virtualidad desnudó una verdad cruda: que todos somos prescindibles y siempre lo fuimos, pero ahora es más evidente. “(...) Entre el yo y el yo del otro, en cuanto objeto catectizado de manera privilegiada, existe una estación necesaria que es el “otro pensado” (...). El yo tiene una representación psíquica del amado y, por esa misma razón, una representación de su relación con él”. (Aulagnier, 1977: 144). Toda representación sienta sus bases en la subjetividad de la persona que se la representa, y como toda representación subjetiva puede modificarse si la realidad demuestra lo contrario. Eso es lo que nos hace prescindibles: ser una representación para un otro. Nos dimos cuenta de que todos somos un producto en una góndola y que siempre hay una mejor oferta, siempre hay un otro posible de ser representado.

“En ciertas condiciones podemos imaginar una relación puramente interpretativa” (Aulagnier, 1977: 147). Esto último parece ser un paso necesario para la configuración ulterior del encuentro. Algunos de los entrevistados refieren haber usado Tinder, pero no es hasta que pasan a la otra gran red social, Instagram, que logran forjar una confianza en la persona que tienen del otro lado. “**Cuando conoces**

a alguien lo primero que haces es chusmear el Instagram", dice el entrevistado 2, **"Te conoces por Tinder y pasas a Instagram para ver qué onda esa persona"**, sostiene la entrevistada 6. Además de esto, parece como si hubiese un reglamento estipulado de cómo relacionarse en redes, qué pasos seguir: **"Primero por Instagram, después por WhatsApp"**, es el orden propuesto en la entrevista 9, aunque se repite en otras. El orden de prioridades parece mantenerse similar a los años en que sólo existía el teléfono fijo, a medida que la relación se volvía más seria se habilitaban nuevas vías de comunicación. La última instancia era pasar el número telefónico. Hoy en día, hablar por WhatsApp vuelve una relación más personal, es subir un nivel en la relación. A lo mejor se deba a que el contacto es aún más directo. Sin embargo, Instagram también es una vía directa de comunicación que, además, está sostenido en el soporte de la imagen.

Parece que Instagram tuviese más estatuto que otras redes, como si fuera un nuevo espacio de encuentro, una pequeña ventana hacia la vida de otra persona. **"Quiero tu Instagram para ver si sos humano, si no sos un bot y si en todo caso... No tenes denuncias de abuso en tu contra"**, sostiene, entre risas, la entrevistada 6.

El análisis realizado me permite afirmar que en las relaciones virtuales, rige la lógica capitalista de la oferta y la demanda.

El capitalismo se comporta como una fuerza acéfala, que se expande ilimitadamente hasta el último confín de la vida. Esta es precisamente la novedad del neoliberalismo: la capacidad de producir subjetividades que se configuran según un paradigma empresarial, competitivo y gerencial de la propia existencia (Alemán, 2019: 67).

En todas las entrevistas aparecen cuestiones vinculadas a las dificultades en la vinculación: cuándo corresponde dar una explicación o cuándo corresponde exigirla. Se hace notable la percepción de que nunca supimos vincularnos con el otro, no sabemos relacionarnos. Somos seres sociales, pero la vincularidad ocurre en el ambiguo terreno que se encuentra entre una persona y otra pero siempre es un espacio pensado, no es un espacio REAL como tal, no es tangible, siempre es un espacio virtual entre una persona y otra, cada uno se forma su propio espacio intermedio.

Lo que sucede con la virtualidad es el hecho de que, en la rapidez e inmediatez de la interacción, se recrudeció todo esto, quedamos expuestos a nuestro propio defecto y la no relación sexual de la que habla Lacan se volvió más evidente. En esa vorágine de la velocidad de la interacción, también nos exigimos tener las cosas resueltas para YA. Como si todos supiéramos, o tuviésemos resuelto absolutamente todo en nuestras vidas. Se nos pide una determinación que acaso nunca fue tal. Jamás en la historia de la humanidad hubo tal determinación. Este no saber vincularse toma ahora otras formas, pero de fondo es la misma dificultad de siempre. El capitalismo “(...) logra que los propios sujetos se vean capturados en su propia vida a las exigencias de lo <<ilimitado>>” (Alemán, 2019: 67). Esta cita, me recordó estos imperativos modernos, del “*vive, ríe, ama*”. Son demasiado *naïf*, como si se pudiese ser feliz constantemente. Estamos en la época de la corrección política y de la exigencia de claridad, la sociedad de la transparencia a la que Han se refiere. La entrevistada 6 dice: **“La responsabilidad afectiva en este caso pasaba por: Estás culeando con alguien y estabas re mambeado, mínimo aclárate vos qué es lo que te pasa y no tengas al otro juntando expectativas”**. Nos vemos obligados a ser “responsables afectivamente”, a aclararle a la otra persona nuestras intenciones desde el primer momento como si siempre fuesen las mismas, como si eso no pudiese cambiar en el camino. Creo que esa es otra exigencia de la era actual: “*Debes ser responsable afectivamente*”, como dice Alemán, nos seguimos inventando leyes para regular nuestro propio goce y le quitamos la frescura a la espontaneidad del encuentro. Han habla de una “omnipresente exigencia de transparencia” en la sociedad actual, la hiperconectada. “Las acciones se tornan transparentes cuando se hacen *operacionales*, cuando se someten a los procesos de cálculo, dirección y control”. (Han, 2020: 13). No puedo dejar de lado un concepto lacaniano: el de sujeto del inconsciente. Uno desconoce incluso su propio deseo que es inconsciente, a él no accedemos fácilmente pues está siempre velado, por una cuestión estructural, ni siquiera es voluntaria. Recibir la exigencia del *partenaire* de una pretendida transparencia del propio deseo es cuasi-imposible. En el momento en que uno nombra el deseo, este ya dejó de serlo; perdió su estatuto de anhelo y pasó a ser una demanda concreta, puesta en palabras. En todo caso me pregunto, ¿es un problema no poder dar una respuesta a qué queremos? ¿Es un problema cambiar el deseo? Porque parece que, aunque no conozcamos nuestro deseo, estamos obligados a sostenerlo de por vida, como si el deseo, la pulsión, no fuese algo fluido, algo que

cambia constantemente de objeto y de meta. Y como si esta exigencia no fuese poco, se nos suma otra: la de ser claros desde el inicio.

A este respecto reflexiono sobre lo siguiente: el *ghosting* es, finalmente, un recurso dentro de las dinámicas vinculares actuales. No lo juzgo ni como bueno ni como malo, porque ningún análisis que se pretenda conceptual puede arribar a tales conclusiones. Pero existe y es una herramienta, un recurso. No trato aquí de demonizar conductas porque somos el resultado de una larga existencia, de un sinuoso camino de luchas, avances y retrocesos. Nos encontramos aquí parados, en el mundo hiperconectado, en la pura globalización y en el neoliberalismo productor de estas subjetividades. Lo que cabe hacer aquí y ahora es teorizar sobre estos nuevos fenómenos, comprender los mecanismos involucrados en estas conductas para tener herramientas para su abordaje. Varios de los entrevistados consideraron que el *ghosting* es algo que siempre puede pasar, se lo acepta como parte de la experiencia de vincularidad en redes, es parte de las reglas del juego. No solo es herramienta y recurso, sino que regula y ordena.

Me gustaría detenerme una vez más sobre el *ghosting*. Hay al respecto muy poco material, debido a que se trata de una conducta recientemente conceptualizada. Algunos artículos periodísticos se refieren a él, aunque aún está todo en una nebulosa. Luego de haberme documentado puedo decir que el *ghosting* es una conducta facilitada por las redes sociales, que consiste en la desaparición, sin previo aviso, del partenaire en un vínculo. Esto es en primera instancia. Lo que sucede luego, es que la otra parte se enfrenta a un sinfín de dudas que no obtienen una respuesta. Estas dudas son del orden del autorreproche, de la duda de sí mismo. Estas preguntas que se dirigen hacia el propio yo aparecen en todas las entrevistas. Algunos de los entrevistados hasta le ponen nombre: enrosque, maquinar, divagar, fantasear, sobreanalizar. El contenido es el mismo: autorreproches. Como Freud sostiene, una característica fundamental del trabajo de duelo. “Qué dije”, “qué hice”, “hay algo que no le gustó de mi”, “dije algo y le molestó”, etc. **La hipótesis que sostengo es que se trata de un trabajo de duelo.**

Lo que correspondería, como en todo trabajo de duelo, es ver las características del vínculo, qué mociones el sujeto ponía a jugar allí, qué idea se había formado de la relación, entre otras cosas. Pero esto se lo dejamos al trabajo en la clínica con el paciente.

El entrevistado 5 dió una definición de ghosting que me gustaría retomar: “(...) **Es esto de ghost de fantasma. Hace referencia a desaparecer de alguna forma. Pero como dejando alguna huella... O sea, estuviste, hablaste con esa persona, le respondiste, hubo algo, quedó una huella y después desapareciste sin explicación alguna, cuando había cierto vínculo**”. Me parece que la clave está en el “dejar huella”, tal y como dice Berenstein, el sujeto mismo se modifica en esa dinámica de vínculo, no se trata de un 1+1, sino de la configuración de un otro sujeto, un sujeto nuevo, un sujeto del vínculo. Cuando ese otro, en carácter de objeto, deja de estar allí, deja de sostener el vínculo, como dice Aulagnier, se inicia el trabajo de duelo.

Otro de los entrevistados se refiere al *ghosting* de la siguiente manera: “(...) **En vez de plantearlo o explicar lo que pasa, desaparece. (...) por miedo a dar una explicación por lo que te pasa, que capaz que ni vos lo sabes**”. De alguna manera esta cita sintetiza lo mencionado anteriormente, el ghosting como herramienta, como parte de las reglas del juego y la imposibilidad de poner en palabras las intenciones y el propio deseo. Retomando una idea, la velocidad en las comunicaciones parece que nos exige también tener todo resuelto de inmediato, poder dar una respuesta que no se tiene, a un otro que nos exige. La entrevistada 4 manifiesta que “(...) **Es re difícil comunicar que no querés más nada o hasta acá llegué**”. Y ante la imposibilidad de dar una respuesta inmediata al “**¿Qué te pasa conmigo?**”, en la entrevista 5, el ghosting se propone como una respuesta. Al fin y al cabo “**La no respuesta es una respuesta**”, como dicen ambos, 4 y 5. La pregunta en este caso sería, ¿Dónde está la demora, el pararse a pensar? Estamos subidos a una ola que no nos permite parar, vamos, vamos y vamos, sin cuestionar lo que nos sucede, así perdemos de vista al otro y nos perdemos de vista a nosotros mismos, en esta vorágine de consumo sin límites.

En muchas de las entrevistas aparece siempre un elemento relativo al riesgo, a la inseguridad que genera la exposición y los peligros de los golpes al ego. El entrevistado 5, consultado sobre el ghosting, sostiene que: “(...) **a la mayoría le afecta. Lo percibe como un golpe al ego**”. Sostienen que la virtualidad nos defiende de eso, cuando se supone que nos estamos exhibiendo constantemente. Creo que esa posición, en el sentido de que uno en la virtualidad se escuda de la exposición, se sustenta en el hecho de que uno se arma una fachada o al menos sabe que puede hacerlo. Al final no sé si somos tan transparentes como dice Han. De todas maneras,

sí es una realidad que la pantalla se ha vuelto una vidriera, en la que uno mismo se expone a las miradas de quienes pasan por nuestro perfil. El entrevistado 2 puede situar esto sin dificultad: **“Lo primero entra por los ojos (...), es la apariencia, esto te puede gustar o no pero es la función de las redes sociales”**. El entrevistado 9 lo nombra de otra forma: **“(…) Sentí que era una cartilla de gente que ibas eligiendo”**. Como en toda vidriera o catálogo, aquello que se ve es todo cartón pintado o cuanto menos, intencionado. Igualmente, siempre lo primero entró por los ojos, y creo que tiene que ver una vez más, con la lógica capitalista de la venta y del marketing. Vende lo que tiene buen aspecto.

En la entrevista 3, aparece lo siguiente: **“(…) Uno intenta llenar eso también. La semana pasada me pasó que estaba maníaca por conocer a alguien. (...) maníaca de vínculos”**. Esto me hace pensar en *“el clavo que saca otro clavo”*: esa necesidad de encontrar otro objeto que catectizar se retroalimenta con la constante oferta de personas que aparecen en redes, sumado a la demanda de consumo. Todo se vuelve un circuito sin fin: el capitalismo como un sistema que se muerde la cola. A esta encerrona trágica -en términos de Fernando Ulloa- (1995) se suma la imperante necesidad del sujeto de encontrar un objeto que tapone su falta. Esa conjugación no hace otra cosa que contribuir a la conformación de síntomas actuales: ansiedad, depresión, estrés, baja autoestima, entre otros.

CONCLUSIONES

Todo investigador es, primero, un sujeto histórico y todo saber siempre responde a intereses personales, pero también epocales. No puedo saber qué etapa de la historia de la humanidad haya sido más desafiante e interpeladora para las personas. Eso sería demasiado pretencioso. Sí puedo hablar del momento en el que me tocó vivir. Los cambios vertiginosos que signan este tiempo me han movilizado, como seguramente a muchos contemporáneos. En las dos décadas y media que llevo vividas, he tenido que adaptarme a lógicas de existencia que me obligaron a una transformación no siempre del todo buscada.

Nací en un pueblo del interior de la Provincia de Buenos Aires. Al terminar la escuela secundaria me mudé a La Plata para realizar mis estudios universitarios. Ese pasaje de una ciudad pequeña a una gran urbe significó grandes movimientos internos. Ya como adulto, independizado un poco forzosamente, me vi interpelado por

un mundo en el que ni las relaciones interpersonales eran como las imaginaba, como me las habían contado o como las había visto en mis padres u otras personas en mi lugar de origen.

Como se mencionó en el trabajo, las nuevas tecnologías, sobre todo en su aplicación en las comunicaciones, le agregaron a los vínculos nuevos modos que, a mi criterio y a juzgar por lo analizado en este tiempo, configuraron nuevas percepciones de uno mismo y de los demás.

Las relaciones con los otros, la búsqueda de pareja se debate, en muchos casos, a través de plataformas virtuales. Personalmente y también a partir del relato de otros con los que he conversado a los fines de este estudio y por interés disciplinar, puedo afirmar que muchas relaciones se mantienen en la virtualidad. Esto, que para algunos puede ser de ciencia ficción, existe. Existen parejas que se conectan para mirarse y conversar mientras almuerzan, cada uno en su casa o su ciudad; otros tienen sexo a través de la pantalla; se mantienen charlas de horas mediante el envío de audios o mensajes escritos y el intercambio de fotos.

En este nuevo modo de estar con otros, quise analizar ¿qué pasa cuando ese alguien que está en mi vida, que conoce y es parte de mi cotidianidad, desaparece? ¿No se sufre porque la relación fue virtual? ¿Nos resulta indiferente? Por mí mismo y por lo que otros me han confesado, puedo sostener que no. Duelamos esa pérdida porque constituye esa ausencia inconcebible, inexplicable y necesitamos una reparación para poder continuar.

Desde el rol de psicólogo, entendiéndolo como agente social, pienso desde mi disciplina para entenderme y entender a otros. Mis padres académicos, las nuevas voces que a la comunidad se insertan, me ayudan en esa tarea, tan compleja.

Soy testigo de un mundo donde todo parece haberse convertido en mercancía: hasta los vínculos humanos. Las redes sociales emergen como una especie de vidriera donde todos nos exponemos, construimos una imagen acorde a lo que se espera de nosotros: que seamos exitosos, jóvenes, bellos, independientes y audaces. Nos ofrecemos al mejor postor y, a su vez, indagamos en la imagen del otro buscando el ideal de nuestros sueños. La vida obedece a las lógicas del consumo. ¿Consumimos personas como objetos? No tengo respuesta a semejante interrogante, pero sí algunas pistas que me hablan de los modos deshumanizantes que rigen las relaciones actuales, hasta llegar, por momentos, a la crueldad. Además de los aportes de reconocidos teóricos de nuestro campo, hemos sumado al debate a otras figuras

de relevancia por su pensamiento, como Jorge Alemán y Byung Chul-Han. Sus posturas, aunque con diferencias, constituyen una denuncia sobre el capitalismo como modelo que ha impregnado en todas las dimensiones de la vida. Sus mandatos, que entronizan la ganancia por sobre la humanidad, fomentan la explotación del hombre por el hombre hasta límites insospechados. Alemán ve una salida posible, que pasa precisamente, por la conciencia humana. Apuesta a la capacidad del hombre de contemplar el escenario y reaccionar. Han, por su parte, asegura que el hombre ha perdido, precisamente, esa capacidad de contemplación y que camina ciego hacia el abismo. Compartimos el criterio del psicoanalista argentino. De no ser así, no estaríamos apelando a esta reflexión que intenta, en primer lugar, contribuir a un modo de vida que priorice al ser humano sobre el dinero.

Hablamos del duelo en esta época, en cómo se vive en relaciones en las que puede no estar el cuerpo. Concluimos en que el duelo, que “siempre pone en acto algo del orden de la soledad”, (Fleischer, Allegro, Berdullas, Hidalgo, Rivas, Surmani, Zerba, 2015: 266) está presente en cualquier ausencia, de cualquier índole. No obstante, reconocemos que el duelo también ha sido modificado por las premisas de la biotecnología y de la cultura del consumo. Como refieren los autores recién citados:

Los ritos, ceremonias y tradiciones, como modos de elaboración que en otros tiempos, tenían la desapercibida función de contribuir al trabajo del duelo, se han visto afectados por esta incidencia biotecnológica y han agregado al examen de realidad un nuevo elemento: lo virtual. Este nuevo y pujante campo virtual recubre de un modo no menos desapercibido que los rituales y mitos, una zona funcional a la enajenación del proceso de duelo, modificándolo aún más de lo que ya lo había hecho la modernidad. La presentación de lo impresentable, rasgo decisivo de la posmodernidad, lleva el sello de la consumación biotecnológica que no deja de batallar en el intento de evadir la propia muerte. (Fleischer, Allegro, Berdullas, Hidalgo, Rivas, Surmani, Zerba, 2015: 267).

Centrándome ahora en el fenómeno que motivó el presente trabajo, puedo realizar algunas puntualizaciones. En primer lugar que el *ghosting* se volvió una conducta común entre los usuarios de redes sociales, que responde a la lógica del descarte capitalista. Nos volvimos consumidores de vínculos, vamos pasando por la vida de las personas sin miramiento de la huella que dejamos. El *ghosting* implica una

desaparición de la escena sin previo aviso, dejando al partenaire compelido a un trabajo de elaboración sin respuestas. Justamente, ante esta situación, la persona que quedó “enganchada” se enfrenta a un trabajo de duelo con todas sus características. Principalmente reconocibles son los autorreproches que la persona se destina a sí misma: haber incomodado al otro, haber dicho algo fuera de lugar, no haber respondido de tal o cual manera, entre tantos otros que pueden observarse en las entrevistas. También hay casos en los que el trabajo de duelo se realiza de una manera rápida y sin muchas vueltas. Freud también prevé este punto: se trata de un vínculo poco significativo. En cualquiera de los casos el sujeto se ve ante la tarea de desasir la libido del objeto cuya desaparición la realidad ahora nos prueba.

Algunas preguntas me surgen a este respecto, en primera instancia me pregunto acerca de la especificidad generacional del ghosting. ¿Será algo que solo nos afecta a los nacidos en los 90'? Porque una cosa es clara y es que nuestra generación se fue apropiando poco a poco de las plataformas virtuales que iban surgiendo, sus usos y reglas los inventamos nosotros. Y como todo creador al final de su obra nos preguntamos si el resultado fue bueno. Tal vez las generaciones actuales hayan naturalizado la virtualidad, como una parte de su cotidiano y no se pregunten tanto el cómo obrar y simplemente se conduzcan como siempre lo han hecho. Pero esto únicamente podremos comprobarlo en algunos años, pues los niños a los que me refiero recién están entrando a la pubertad. Por nuestra parte, jóvenes adultos, no hacemos más que preocuparnos por etiquetas y el orden de las cosas. Qué lugar ocupamos en relación del otro y cómo corresponde comportarnos en función de ese lugar. Un “te quiero” demasiado pronto es sinónimo de mucho compromiso y ni que hablar de una demostración de cariño por el chat de alguna red social. Es inevitable pensar acerca del concepto de Imaginario Social acuñado por Cornelius Castoriadis, y sus movimientos, instituido e instituyente.

Lo imaginario del que hablo no es imagen de. Es creación incesante y esencialmente indeterminada (histórico-social y psíquico) de figuras/formas/imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de «alguna cosa». Lo que llamamos «realidad» y «racionalidad» son obras de ello. (Castoriadis, 1975: 5)

Refiere con esto a que las sociedades mismas facilitan formas de ver el mundo y relacionarse con él. ¿De qué manera? A partir de movimientos instituidos e instituyentes. El primero comprendido como la cristalización de ciertas convenciones sociales, valores, etc. El segundo hace referencia a movimientos de crisis y de puesta en forma creativa en la que surgen nuevas significaciones imaginarias sociales. A este respecto, reflexiono sobre lo anterior: qué o quiénes determinan que una demostración de cariño peca de apresurada o cae en el momento justo. Somos capaces de reconocer ciertos tiempos prudenciales a la hora de vincularnos, pero no podemos explicarlos o ponerlos en palabras. Esto es producto de un imaginario social que incide en la producción de subjetividad y en las formas de vincularnos. Algunas de estas significaciones imaginarias sociales hacen que no podamos apartarnos de la idea de que estas plataformas virtuales le restan seriedad a un vínculo, pero no es más que el intento de desafectarnos de la situación, no hacernos cargo de nuestro propio deseo.

Pero no puedo ser tan duro con nuestra generación, el avance vertiginoso de las nuevas tecnologías nos ha dejado inermes ante la cruda realidad: no sabemos vincularnos. Parece como si la inmediatez a la que nos expusimos nos exigiera una existencia rápida y resuelta, con la capacidad de dar respuestas a todas las preguntas que se nos presentan, incluso la del propio deseo. Nos acostumbramos al “*lo quiero, lo tengo*” a la velocidad de un *click* y lo mismo pretendemos de las personas con las que nos vinculamos. Nos encontramos con un *partenaire* que exige respuestas que no tenemos, y una manera de responder a ese mar de demandas es con la desaparición inmediata, abortando la misión de profundizar en aquel ser tan exigente. Sumado al hecho de que por ser un *partenaire* virtual tiene menos importancia que uno de carne y hueso, como si del otro lado no hubiese un otro. Lo que sucede, a mi entender, es que la pantalla ha reificado -en términos de Marx- las relaciones entre las personas invisibilizando al agente de la acción, nuestro vínculo es únicamente con esa foto tras el cristal.

BIBLIOGRAFÍA

Alemán, J. (2019). *Capitalismo. Crimen perfecto o emancipación*. NED Ediciones.

Aulagnier, P. (1977). *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*. Buenos Aires: Paidós, 2004.

Aulagnier, P. (1975) *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2007.

Bleichmar, S. (2005) *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topia Editorial, 2da edición 2010.

Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets Editores.

Chul-Han, B. (2020). *La sociedad del cansancio*. Herder.

Chul-Han, B. (2020). *La sociedad de la transparencia*. Herder.

Fleischer Allegro, D.; Berdullas, F.; Hidalgo, M.; Rivas, S.; Surmani, D.; Zerba, F. D. (2015). *Soledades de época: tóxicos, virtualidad y duelo*. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-015/751.pdf>

Freud, S. (1923). El yo y el ello. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A. 4ta reimpresión, 1992.

Freud, S. (1916 [1915]). La transitoriedad. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A. 4ta reimpresión, 1992.

Freud, S, "Carta a Binswanger". En *Freud: Epistolario 1873-1939* (Barcelona: Plaza & Janés, 1972).

- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A. 4ta reimpresión, 1992.
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A. 5ta reimpresión 1990.
- Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A. 4ta reimpresión, 1992.
- Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A. 4ta reimpresión, 1992.
- Freud, S. (1917 [1915]). *Duelo y melancolía*. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A. 4ta reimpresión, 1992.
- Follari, R. (2006). *La alteración posmoderna de la temporalidad*. En N. Larrañaga, *Temporalidades*. Universidad Nacional de La Plata.
- Merlín, N. (2017). *Colonización de la subjetividad. Los medios masivos en la época del biomercado*. Letra viva.
- Ullóa, F. (1995). *Novela clínica psicoanalítica: historial de una práctica*. Buenos Aires: Paidós.
- Sibilia, P. (2017). *Las redes sociales son el emblema de la transformación de la intimidad en extimidad*. Universidad de San Martín.
<https://noticias.unsam.edu.ar/2017/08/07/paula-sibilia-las-redes-sociales-son-el-emblema-de-la-transformacion-de-la-intimidad-en-extimidad/>

Zacarías Ortez, E. (2011). *La entrevista en profundidad en los procesos de investigación social*.
http://ri.ues.edu.sv/id/eprint/9542/1/Revista_La_Universidad_8c6.pdf